

La Enseñanza.



REDACCION.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO II. }

MÉXICO, SETIEMBRE 15 DE 1872.

{ NUM. 20.

CUENTOS DE MI ABUELO.

EL VESTIDO BORDADO.

[Concluye.]

Clara, con previo consentimiento de su madre, admitió la propuesta de Jenny, que al punto contó los diferentes paños que habían de componer la bata, y se puso á coser con su hermana, á fin de que estuviese acabada para el siguiente día. Queriendo madama de Remival seguir adelante con su plan, preguntó á Clara qué prendido pensaba ponerse con semejante vestido. «El pelo trenzado con un liso peine de concha no basta al parecer, díjole su madre; necesitas de un prendido que cuadre mas con tu rico traje.—Sin duda, añadió con prontitud Jenny. Si madre tiene á bien permitirlo, te adornarás la cabeza con una guirnalda de esas que ahora se llevan. Tampoco dudo que las medias de algodón, por mas blanco que sea, te vayan bien; y si madre quiere crearme, te permitirá por la primera vez las medias de seda y calzado de tafetan blanco.—No me aparto de eso, dijo madama de Remival, y se salió al instante con el fin de comprar estos varios atavíos. Durante su ausencia, no pudo menos Clara de

manifestar á su hermana el asombro y alegría en que estaba rebotando. «Pero tú, le dijo, nada piensas en tu compostura?—¿No tengo yo, respondió Jenny, mi vestido de cotón casi nuevecito, y mis zapatos de mahon, con un collar de pelo tuyo? Esto es cuanto necesito. No voy á esta funcion para lucir, sino mas bien para bailar, reir, y divertirme con todas las gazmoñerías de las currutacas del día. La mejor compostura que una jóven bailarina puede llevar, es, en mi dictámen, la sencillez.—Pero en fin, añadió Clara, si tu demasiada llaneza contribuyese para privarte de bailar, seria una cosa muy desagradable; y confieso, que en tu puesto me moriria de pesar.—¡Ay! respondió Jenny, no tengo tanto miedo: hay siempre almas compasivas que se acuerdan de una; y por otra parte, no faltan mil arbitrios para salir del tropiezo, y forzar á uno de aquellos caballeros guapos para que á lo menos nos concedan la gracia de una contradanza. Tengo la fortuna de no ser tonta ni encogida, y sabré bien manejarme.

Mientras estaban hablando, continuaba la labor del vestido bordado. La esperanza y alegría estaban pintadas en los rostros de estas dos hermanas hechiceras, que se afanaban á porfía en su labor. Bien presto volvió madama de Remival con sus va-

rias compras. Entregó á Clara una riquísima guirnalda de rosas, medias caladas de seda, y zapatos del mayor gusto. Añadió un hermoso pañuelo bordado, y un collar de piedras blancas. «En cuanto á tí, Jenny, le dijo la madre, que no piensas en tu compostura, y prefieres la sencillez al deseo de lucir, te suplico recibas este pimpollo de rosa adornado de sus hojas, y es mi voluntad que esté mañana en tu lindo cabello.»

Finalmente, llegó el momento que tanto se deseaba. Un coche que enviaba el pariente de madama de Remival, vino á buscarla; y pasó con sus hijas á la magnífica casa de la Chaussée d'Antin, en que se hallaba reunida ya la mas lucida concurrencia. A poco dió principio el baile; un enjambre de bailarines muy notables por sus vistosos trajes y gracioso garbo, se derramó en un suntuoso salon, que iluminaban mas de doscientas luces; y en seguida se apoderó de todos los pechos el mayor júbilo.

Clara, llena de estorbo con sus nuevos atavíos, y temiendo por instantes rasgar su vestido bordado, que en su creencia se llevaba las miradas de todo el baile, dió muestras de torpe, y no hizo la menor impresion; y aunque coronada con una guirnalda de rosas blancas, y sobrecargada de adornos, tuvo

el sentimiento de permanecer casi siempre al lado de su madre, y no tener mas bailarines que los que de cuando en cuando le enviaba la dueña de la casa. Continuamente se oía hablar de la delicada compostura y mas particularmente de la estatua de Marais. Unos decían que llegaba de una provincia, en donde sin duda habia cogido los usos y porte de su abuela; otros sostenían que habia hecho voto de inmovilidad: en una palabra, disputaban al parecer entre sí sobre quién soltaria las chanzas mas pesadas; con lo que aumentaban de nuevo el pesar y confusion de la pobre Clara.

Jenny por el contrario, se entregaba á todo el gusto que tan buena funcion le infundia; y no temiendo ajar su vestidillo de cotonía, ni ensuciar sus medias de lana y zapatos de mahon, se atraía todas las miradas con su preciosa carita, siempre risueña, con su cándida y advertida charla, y mas que nada, con la ligereza y gracia de su baile. No se hablaba ya en el sarao mas que del bonito pimpollo de rosa: por donde quiera le llamaban por este nombre y habia porfias para bailar con ella. Contrastando su llaneza con los vistosos adornos que tenia al lado suyo, fijaban la vista en Jenny todas las damas peticetas, que sucesivamente repetían, bien que con extremo dolor: «es realmente un pimpollo de rosa.»

Madama de Remival no echaba en saco roto nada de cuanto pasaba. Estaba gozosa en su interior del retiro á que se veía reducida Clara, que no habia bailado sino dos contradanzas, gracias á la atencion de la dueña de la casa. En balde hacia ostentacion de su vestido bordado para cazar á algunos bailarines, pues no se presentaba ninguno al lazo. Finalmente, se le presenta uno con una suerte de violencia; y despues de haber logrado ser caballero suyo, la toma de la mano, y valsan por algun rato. Este bailarín habia sacado á bailar por tres veces á Jenny; pero el amable pimpollo de rosa, afligido de la pena de Clara, no habia aceptado mas que con condicion de que el garboso caballero bailaria con su hermana mayor, cuyo asiento ella le mostró. Alejucutar el bailarín las órdenes de Jenny, no pudo menos de informar á Clara, la que confusa de hallarse reducida á no tener mas caballeros que los que su hermana le enviaba, aparentó hallarse incomodada despues del vals, y rogó á su madre para irse á casa. «En efecto, dijo madama de Remival, hace tiempo que estoy advirtiéndote que padeces mucho. Voy á hacer venir un coche, y nos iremos á casa; pero tu hermana, que se entrega á toda la alegría que tan lucida concurrencia infunde, y que prueba un gusto de que disfruta raras veces, no será víctima de este molesto accidente.....» En efecto, madama de Remival fué acompañando á su hija hasta su casa, y volvió luego á incorporarse con Jenny, que la madre habia dejado confiada á varios conocidos suyos.

Así que Jenny supo la partida de Clara, una tierna inquietud se siguió á la alegría que realzaba el lustre de su bonita cara: en balde trató su madre de tranquilizarla. «No, no, dijo Jenny, mi hermana sufre, no hay ya gusto para mí.» En el instante mismo se llevó á su madre, que apenas tenia valor para disimular su emocion, y dejó á todos los bailarines que estaban á su lado, y la conducian al coche repitiendo: «¡qué lástima! ¡oh! el bonito pimpollo de rosa!»

Volviendo madama de Remival al Marais, halló á Clara deshecha en lágrimas, y traspasada del sentimiento que el triunfo de su hermana le causaba; pero así que hubo sabido por boca de su madre la generosa afliccion de Jenny, y el sacrificio que acababa de hacer para venir á asistirle y consolarla, las lágrimas de celos se convirtieron en otras amorosas. Confesó que no habia pretestado una indisposicion mas que en despecho de verse olvidada en el baile, y reconoció últimamente que el adorno mas precioso y todos los atavíos de la moda, agradan frecuentemente menos que las gracias naturales y una modesta sencillez.

LA CALMA DE LA TARDE.

Lo de siempre, mis lectores. Como siempre, voy á hablaros de la naturaleza, de esa gran maestra que tan bien sabe ordenar todas las cosas, que es fuente inagotable de bellezas, de la cual soy ardiente admiradora.

¿Nunca habeis tenido ocasion de contemplar, en el campo, sobre alguna pequeña eminencia, bañándose vuestra frente con los débiles rayos del sol que comienza á bajar al ocaso, la calma de la tarde? Casi es imposible que no.

Los campos cubiertos de verdura, el labrador que los abandona despues de haberlos regado todo el dia con el sudor de su rostro, las flores silvestres balanceando sus tallos á impulsos de la brisa, el triste y dulce arrullo de la tórtola, los gorjeos del gorrión y del centzontle, todo parece participar de la calma de la naturaleza.

El sol sigue hundiéndose en el Poniente para ir á alumbrar otras comarcas. Mañana le veremos elevarse en el Oriente para principiar un nuevo dia; otra página mas añadida al libro de nuestra vida. Sin embargo, ahora miramos sus debilitados rayos, como si fuera la última vez que habiamos de verlos

brillar. Y tal vez sea así, porque nadie sabe si vivirá mañana.

Sombras pardas comienzan á difundirse poco á poco por todas partes. Los pajarillos han cesado de cantar; el grillo les reemplaza con su canto monótono y melancólico.

Con las sombras empieza tambien á reinar el silencio, solo interrumpido por el mugido de las vacas que vuelven al establo, el balar de los corderos y la voz acompasada de algun campesino que entona el *Alabado*.

La vista solo distingue los objetos mas próximos. Ya no se oye ningun ruido: parece que la naturaleza nos convida á meditar, rodeados como estamos de su imponente calma. En efecto, cuando el ángel de la noche nos cubre con sus negras alas, el espíritu rompe por algun tiempo los lazos que lo tienen apegado á la tierra, se olvida de que se halla encerrado en un cuerpo de barro, y se lanza al infinito, porque para él no hay trabas, puede vagar á su antojo por todas partes.

Cuando todos estos cuadros concluyen de borrarse, el *Angelus*, que se deja oír en las poblaciones vecinas, hace que nuestra alma, aislada ya del mundo, se sumerja mas y mas en religioso recogimiento.

México, Agosto 31 de 1872.

A. L.

VIAJE Y DESCUBRIMIENTOS DE LA SEÑORITA ELENA, Y DE SU PRIMO EL CABALLERO FERNANDO.



XXV

Entretenida estaba la señorita Elena en llenar de aquella agua tan celebrada por antiguos y modernos el frasco, cuando de repente vuelve la cabeza, y..... ¡oh desgracia! la rápida corriente arrebató al *Sancho*, que poco antes se hallaba á su lado con su mansedumbre, sosiego y silencio habituales. ¿Cómo sobrevino tan inesplicable y amarga desventura? Nadie por entonces alcanzó á averiguarlo, nadie quizá lo averiguará en los tiempos venideros. Terrible era el peligro, urgentísimo el socorro; los secretos del arte de la natacion le eran al *Sancho*

totalmente desconocidos, como que aun no habia cursado las aulas de Pane: despues de Dios, no habia en el universo mas que Fernando que pudiese salvar al inocente animalito. ¡Y le salvó! Oír el angustiado grito de Elena, arrojarse intrépidamente á las revueltas ondas, y apoderarse del interesante naufrago, fué obra de un instante. Detengámonos tres segundos, lectores míos, para tributar al arrojado viajero el humilde homenaje de nuestra admiracion.



XXVI

«¡Se salvó! ¡se salvó! ¡qué felicidad!» gritó Elena, consagrando el primer arranque de su corazón al querido y fiel animalito; el segundo fué para Fernando. «Ah, primo mío! ¡qué acción tan noble!» —«¡Bah! contestó modestamente Fernando; ¡si eso lo hace cualquiera!» Y como aun les separaba la corriente, indicó Fernando á su prima la mejor ma-

nera de reunirse sin peligro. Mírenle ustedes, lectores míos, si ya no es que las lágrimas esprimidas por el enternecimiento les impiden gozar de tan sublime espectáculo. Allí está, con el *Sancho* en brazos, y andando para atrás, á fin de no perder de vista á la tímida Elena. ¡Qué alma, qué alma! ¡Dios se la conserve así por muchos años!

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO II.

DEL ASEO.

ARTICULO V.

Del aseo para con los demas.
(Concluye.)

XXXI

No nos sentemos nunca sin estar seguros de encontrarse el asiento enteramente desocupado; pues sería imperdonable descuido el sentarnos sobre un pañuelo, ó sobre cualquiera otro objeto de esa naturaleza perteneciente á otra persona.

XXXII

No brindemos á nadie el asiento de donde acabemos de levantarnos, á menos que en el lugar donde nos encontremos, no exista otro alguno. Y en este caso, procuraremos, por medios indirectos, que la persona á quien lo ofrecemos no lo ocupe inmediatamente, sin emplear jamas ninguna frase ni palabra que se refiera ó pueda referirse al estado de calor en que se encuentra el asiento, pues esto no está admitido en la buena sociedad.

XXXIII

Cuidémonos de no recostar nuestra cabeza en el respaldo de los asientos, á fin de preservarlos de la grasa de los cabellos. Observando esta regla en todas partes, guardaremos el aseo que debemos á las casas ajenas, ó impediremos que los asientos de la nuestra inspiren asco á las personas que nos visitan.

XXXIV

En general, trataremos siempre con estremada delicadeza todos los muebles, alhajas y objetos de adorno de las casas ajenas; evitando en todo lo posible el tocarlos con nuestras manos, pues esto se opone á su estado de limpieza, y cuando menos, á su brillo y hermosura.

XXXV

Si es un acto de desaseo el tomar en la boca la pluma de escribir de nuestro uso, con mayor razón lo será el hacer esto con la pluma del ajeno bufete.

XXXVI

De la misma manera, el humedecerse los dedos para hojear libros ó papeles ajenos, es una falta de aseo que por recaer sobre los demas, viene á ser aún mas grave que la que sobre este punto hemos indicado antes, al hablar del aseo en nuestras personas.

XXXVII

No está admitido entre la gente fina el usar, sin una necesidad imprescindible, de la pluma con que otro escribe, ni de su cortaplumas. El cortaplumas pertenece á los muebles de uso esclusivo, y así ninguno debe dejar de llevar siempre en su faltriquera uno que le pertenezca. En cuanto á pedir á otro el suyo para recortarse las uñas, ó para cualquiera otro uso corporal, este es un acto incivil que nunca ocurre entre personas bien educadas.

XXXVIII

Tambien es de gentes vulgares, el borrajear los papeles que encuentran en los bufetes de las personas que visitan. El hombre culto, no solo no va á ensuciar así los papeles ajenos, sino que se abstiene

severamente de acercarse, sin un motivo justificado, á otro bufete que al suyo propio.

XXXIX

Por último, guardémonos de mezclar jamas en nuestra conversacion palabras, alusiones ó anécdotas que puedan inspirar asco á los demas, y de hacer relacion de enfermedades ó curaciones poco aseadas. La referencia á purgantes y vomitivos y á sus efectos, está severamente prohibida en sociedad entre personas cultas; y en los labios de una mujer, sobre todo si es jóven, sienta todavía peor que en los de un hombre.

LA MOSCA INSTRUIDA.

(FABULA.)

En no recuerdo qué tienda,
Sita en la calle de Atocha,
Habia un papel untado
No sé bien con qué ponzoña.

Su aspecto y disposicion,
Su color, su brillo y forma
A las moscas convidaban
Sobre él á posarse todas:

Pero todo aquello era
Esterioridad traidora,
Pues cuantas iban al unto,
Tantas caian redondas.

Una de ellas, que volaba
De golosinas ansiosa,
Viólo, y quiso dirigirse
A chuparlo con su trompa,

Cuando fijando la vista
En unas letras muy gordas,
Vió que decian: «PAPEL
PARA DAR MUERTE Á LAS MOSCAS.»

—«Tate! exclamó: ¡y yo creía,
Por su apariencia engañosa,
Que se podia comer
Lo que ha matado á esas otras!

Por fortuna me he librado
De una muerte desastrosa,
Gracias á saber leer,
Que si no.... ¡Dios me socorra!

Desde ahora en adelante
Voy á aplicarme, no es broma,
A estudiar mas cada dia,
Que el saber á nadie estorba.»—

Hechas estas reflexiones
Tan justas y filosóficas,
Matriculóse en Gramática,
En Clínica y en Historia.

*Ahora bien, niños y niñas:
¿Sereis tan tontos y tontas,
Que desdeñeis el estudio
Despues de oír á esa mosca?*

LA PRIMER ACCION DE GRACIAS.

[Traducido del aleman.]

Despues de muchos meses de una grave enfermedad que la puso á las puertas de la muerte, y gracias al cuidado de su madre, pudo Anita recobrar la salud, cuando la primavera revestia los campos con todas sus galas y primores.

En un caluroso dia del mes de Mayo, la amorosa madre llevó á la aun delicada niña al jardin por la primera vez. Las flores ostentaban toda su belleza, y las frutas pendian de los árboles agobiados bajo el peso de ellas.

Sentóse la madre en un poyo del jardin, y estrechando tiernamente á la niña entre sus brazos, derramaba lágrimas de placer. Respondia afectuosamente Anita á sus caricias, y volviéndose á su madre, la dijo enternecida: ¡qué hermoso es todo cuanto aquí vemos, madre mia!

—Y ¿sabes tú, hija mia, preguntó la madre, quién

es el autor de tantas maravillas, y á quién debes el gozo que espermentas en contemplarlas?

—A quién sino á tí, amorosa madre mía? ¿Acaso hay en la tierra quien me ame mas que tú?

—En la tierra, no, hija mía; pero sobre ella existe un amor mas grande que el mio. A él debes la vida que disfrutas y los placeres que te hacen amarla. Aprende, pues, hija mía, á adorarle en las portentosas obras de sus manos.

Levantó la niña la vista como en demanda de ese sér á quien tanto debía; pero los rayos del sol deslumbraron sus ojos y la obligaron á ponerlos en tierra. Suspiró tristemente y dijo: Ay mamá! yo no puedo todavía comprender lo que tú me dices.

No te aflijas por eso, pobre niña, dijo la madre, algun dia verás mas claro. Basta por ahora que tu primer tributo de gracias haya sido atribuir al *mas grande amor* que conoces, la creación de tantas maravillas, y que en tu pueril error, abrasces á tu madre mientras que la idea de Dios llena tu agradecido corazon.

LA CENIZA.

(FABULA.)

Ayer mandó mi vecina
Que vaciaran del cajon
La ceniza del fogon
Para limpiar la cocina.

Obediente el cocinero
La puerta-cochera abrió,
Y con desprecio arrojó
La ceniza al basurero.

—¿Así me tratas, ingrato?
Dice; vé que no merezco
Este mal fin.—Obedezco
De mi señora el mandato.

—¡Mi suerte es bien desgraciada!
—Cuando ayer te fuí á comprar,
Servias para guisar;
Hoy no sirves para nada.»

La lavandera, que oía
Este diálogo, exclamó:
—«La ceniza cojo yo,
Que hago con ella lejía.»

*El rico, como el carbon,
Suele volverse ceniza;
Mas despues se le utiliza
En su pobre condicion.*

PERSEVERAR EN LA OBRA.

Era dueña Carolina de una hermosa pajarera llena de canarios tan domesticados, que si les abrian la puerta salian volando, y despues de revolotear algun tiempo por el cuarto, volvian á entrar de nuevo en su prision.

Un dia su hermano Luis trajo á casa un carrito de hojalata, que compró en una juguetería.

¿No te parece, dijo Carolina, que podemos enseñar á los canarios á tirar de este carrito?

No lo dudo, dijo Luis; pero es menester primero hacernos de arneses que les sirvan.

De una cinta azul hizo Carolina una especie de collera, y con hebras de hilo las sopandas y demas arreos. Acabada la obra, aderezó Luis uno de los canarios y le unció al carrito. Grandes esfuerzos hacia el pajarillo por volar; pero como el peso del carro no se lo consintiera, se puso á dar saltos, y logró al fin arrastrarlo por todo el cuarto.

Despues de haberse divertido un rato, desuncieron el canario, que voló inmediatamente á su jaula. Sometieron otro á la misma prueba, y así sucesivamente enseñaron á todos á tirar del carro.

El principio de todo trabajo es difícil y penoso, más por nuestra ignorancia que por las dificultades que en sí tiene: pongamos algo de nuestra parte, y el obstáculo no nos parecerá tan insuperable como creíamos.

LA ROSA Y LA ZARZA.

(FABULA.)

Murmuraba impaciente
Una Rosa naciente
Del cautiverio duro que sufría,
Porque una Zarza espesa la tenía
Con sus punzantes vástagos cercada.
—Yo (sin cesar decia),
Yo no disfruto aquí ni sé de nada:
Sin un rayo de sol, tasado el aire,
Desperdicio, de todos ignorada,
Y entre espinas incómodas reclusa,
Mi fragancia, colores y donaire.
La Zarza respondió: Jóven ilusa,
Tu prevision escasa,
Del bien que te hago, sin razon me acusa.
Bajo mis ramas á cubierto vives
Del sol canicular que nos abrasa;
El golpe no recibes
Del granizo cruel que nos deshoja;
Y ese muro de espinas que te enoja,
Defiende tu hermosura
De que una mano rústica la coja.—
La flor entonces, de despecho roja,
¡Mal haya, (replicó) la ruin cordura,
Que de riesgos que no hay, tiembla y se apura!
No fué la maldicion echada en vano.
A los pocos momentos un villano
Llega con la cortante podadera:
La despiadada mano
Descarga en el zarzal; hiere, destroza,
Y tan completamente me le roza,
Que ni un retoño le dejó siquiera.
Poco de la catástrofe se duele,
Persuadida la Rosa de que gana,
Quedándose sin aya que la cele.
Descanse en paz la rígida guardiana.
Que feliz su discípula es ahora!
Bañada en el relente de la aurora,
Descoge con orgullo
Su tierno y odorífero capullo:
Princesa de las flores
La proclaman los pájaros cantores.
Pero el viento la empolva y la molesta,
Sol picante la tuesta,
La ensucia el caracol impertinente
Con pegajosa baba,
Y apenas se la enjuga,
Cuando voraz la oruga
Su venenoso diente
Una vez y otra vez en ella clava.
Se descolora la infeliz, se arruga,
Y una ráfaga recia de solano
Desparramó sus hojas por el llano.

Es el recogimiento

*Condicion de las jóvenes precisa:
Falta en la mocedad conocimiento
Del suelo que se pisa.
La niña que imprudente,
Sola y sin guía recorrer intente
La senda de la vida peligrosa,
Tema la suerte de la indócil Rosa.*

AFORISMOS ANTIGUOS Y MODERNOS SOBRE LA EDUCACION.

La dignidad del hombre consiste en que, elevado por la forma y las dotes que posee, á una razon y libertad mayores que las de las bestias, debe tener la conciencia de sí mismo en Dios; debe buscar su destino en su semejanza á Él; debe considerarse á sí mismo como el objeto de sus acciones; debe, de acuerdo con la naturaleza y la razon, elevarse á un grado mas alto de perfeccion.

La «Dignidad humana,» y la «Posesion de la divina imágen,» son rigurosamente sinónimos.

Aunqu próximo á las bestias por su organizacion, el hombre se distingue de ellas, así por la nobleza y forma de su cuerpo, como por la posesion de individualidad.

El hombre solo, sobre la tierra, tiene la propie-

dad de ser el objeto de sus propias acciones racionales; mientras los árboles y las plantas son para el uso del hombre, él es para sí mismo y para el desarrollo de su naturaleza interior, puesto que Dios (Éxod., III, 14), le ha dado con la vida su propia imágen, el dominio de sí mismo (Gén., I, 27), y la inmortalidad (Sabiduría, II, 23).

La vida de las bestias se halla limitada entre dos puntos fijos, mientras que la del hombre cambia sin cesar entre lo finito y lo infinito. Con cada latido de su corazon despeja el conocido é ilimitado horizonte, hácia el que aspiran sus ocultos pensamientos: un mundo de sensaciones, tocando á la eternidad.

Semejante á un miembro progresivo, este mar de las emociones mentales no tiene límites.

Allí ofrece él mismo á su contemplacion un mundo de interminable libertad, y así tambien la perspectiva de infinito progreso para que le creó el Señor.—VON AMMON.

Como las flores de los campos que caen, busca el afligido hermano, pero no encuentra, al hermano que amaba. Mas solo su cuerpo volvió á la tierra. ¡Sea siempre así! Dejadlo que se esparza, porque es terrenal; sí, solo queda el cuerpo que habitó.

Estos esfuerzos, este anhelo por alcanzar la perfeccion, esta prevencion, esta languidez tras la inmortalidad, este espíritu cuyos pensamientos encierran mundos enteros, ¿todo esto deberá, hermano mio, sumirse en el sepulcro? ¿Puede Dios haber creado todo esto por mera irrision?

No; tú, sér eterno, no has sido creado en vano, por irrision. Tienes envuelto sábiamente el espíritu inmortal en el polvo. Este cuerpo debe ser destruido; pero libre el alma entonces, se dirigirá gozosamente hácia el hermoso coro de los espíritus superiores.—VOSS.

Elévate á tí misma ¡oh alma mia! Librate de tu carga servil! ¡Levántate inmortal hácia arriba! ¡Sé grande, y siente tu propia dignidad! Es la de un Dios y la de un tribunal! Por tanto, alma mia, no te arrastres entre el polvo de la tierra.

¿Puedes tú, que te elevas hasta las estrellas inmarcesibles, que sondeas con valor lo inmensurable, tú, que debes elevarte siempre y jamas caer, puedes tú, el alma, emanacion de la vida de un Dios, perecer para siempre?

¿Puede la muerte destruir un espíritu que penetra tales profundidades, que se eleva á tales alturas? ¿Un sér que tiene de su Creador una voluntad que le honra, un corazon que le arrastra á la virtud, y que te ama á tí, á tí, Infinito Sér?—SCHUBERT. (Poema.)

LA VERDAD.

(FABULA.)

Dió Juana en la necesidad
De estarse siempre mirando
Al espejo, contemplando
Su estremada fealdad.
Viendo siempre la verdad
En el exacto reflejo,
Airada rompió el espejo.

*Así hay muchos que reniegan
De los amigos que llegan
A darles un buen consejo.*

EL VALOR DE LOS PLACERES.

(FABULA.)

El cigarro que fumas
Placer te causa,
Y humo y ceniza encuentras
Cuando se acaba.

*Así en el mundo,
Nos dejan los placeres
Ceniza y humo.*